

Su Esposa de una Noche

por Wanderer



I

L cerrarse tras él las tres puertas de hierro de Bilibid, que le separaban del resto de los mortales y arrojaban sobre su frente el estigma de un presidiario, Tasio perdió toda la aparente calma y sangre fría que había demostrado en todo el juicio hasta en el momento mismo de leerse la sentencia, y por primera vez se sintió abatido e indefenso, ante su propia conciencia que le acusaba con voz más fuerte e irrefutable que el fiscal que le había enviado a aquel lugar de expiación.

Como un autómatas se sometió a la ceremonia inaugural del baño y al cambio de su traje de calle por el de guingón, toseco y oscuro, de la prisión, cuya aspereza erizábale la piel. ¡Oh, si aquella ablución corporal tuviese al mismo tiempo la virtud de limpiarle el alma, de las pella-das de cienaga, que la vida había echado sobre ella!

Una vez en la celda común, lejos del ojo es-cudriñador y el oído atento de los guardias, cer-cáronle rápidamente sus compañeros de infor-tunio y de habitación, asaeteándole a pregun-tas y ¡oh sorpresa! llamándole por su propio nombre. Hasta sabían la cantidad exacta precio de su caída, y podían decirle los años, los meses y los días a que ascendía el total de su condena.

Tasio no podía explicarse lo bien enterados que estaban aquellos hombres de lo que sucedía fuera de la prisión. Más tarde supo que recibían periódicos y estaban al tanto de cuantos crímenes y procesos judiciales se cometían y se ventilaban al otro lado de aquellas paredes. Por el momento, no salía de su sorpresa.

No pocos le tuteaban ya con entera confian-za, como si la identidad de su situación y su co-munidad de intereses les autorizasen para ello.

—Vamos, aquí entre nosotros, no valen disí-mulos—habló uno con un guiño significativo en los ojos y poniéndole una mano sobre los hom-bros con ademán protector.—Todo el que aquí entra se deja la máscara en la puerta. ¿A qué

seguir la comedia, si todos nos conocemos? Con que dinos la verdad, compadre: ¿dónde deposi-taste el fruto de tu trabajo, que hasta ahora andan locos por encontrar esos perros de la poli-cía?

—Mira—le indicó otro de catadura siniestra, para animarle a desembuchar:—aquí hay muchos pájaros del mismo plumaje amigo. ¿Ves a ese “Bigotito” a lo Chaplin? Pues ése era el famoso estafetero de Batangas, que torció el rumbo de veinte mil pesos en cartas certificadas. ¿Aquel “Patillas” a lo Valentino? Pues, el aduanero de Legazpi, que en una noche perdía en la mesa de poker hasta cinco mil pesos. Aquel de más allá, que parece incapaz de romper un plato, pues es el cajero de la casa Brown and Co., quien en vez de ingresar en el banco hacía sus ingresos nocturnos en la banca de *Mang Berio*...

Acorralado por todos lados, Tasio acabó por transigir y quitarse la careta de inocencia que hasta allí había adoptado, por comodidad y con-veniencia. Gracias a ella, por lo menos, se libró de muchas explicaciones enojosas y además, de los honorarios de abogado, puesto que habi-endo alegado ser más pobre que una rata le dieron uno de oficio.

De esta forma, empezó el relato de su vida, hasta el momento de caer en las garras de la ley. A su alrededor se formó un corrillo y Tasio ob-servó desde el primer momento que era aquella una audiencia que estaba decididamente por él, que simpatizaba con sus cuitas, comprendía sus motivos y se adelantaba a excusar su delito, en lugar de la glacial indiferencia y hasta franca hostilidad manifestada por el público y la prensa hacia él, durante la tramitación de su causa.

Era un triste empleado que ganaba sus sesenta pesos al mes en un almacén de la Escolta. Era otro joven campesino, que había sido seducido por el canto de sirena de la gran ciudad. Cuando terminó la intermedia, lejos de relevar las rudas manos paternas, llenas de arrugas y sudores, en las faenas del campo, había soñado en conquistar Manila.

Estudiaría cualquier cosa, haría carrera, sería un señorito más de la ciudad, y no un tao sin nombre y sin gloria, que había de revolcarse toda la vida en los surcos cenagosos del semental, empujando el arado y marchando siempre detrás de un carabao pesado y maloliente...

No, él no sería como su padre, su abuelo y el abuelo de su padre. Esclavos eternos de la tierra, en la que habían cifrado los afanes y esperanzas de toda una vida, y de la que no podían elevar nunca sus ojos, encorvados y ciegos a la luz de aquel horizonte de rosa, que se perdía todas las tardes, al otro lado de los montes, y que a sus ojos juveniles, cargados de ilusiones, representaba Manila, título académico mujeres bonitas, placeres sin cuento, gloria, felicidad, todo.

Y vino a la capital. Estudió y bailó por un año, a costa de sus padres y de aquella tierra madre, que tanto despreciara, única fuente de recursos para él y toda su familia. Pero al siguiente un día que sopló huracanado, barrió e inundó toda la cosecha de un año, y con ella la pensión del hijo pródigo.

Entonces comenzó el calvario de su vida en la ciudad, subiendo y bajando oficinas, yendo de casa en casa, pasando de un desengaño a otro, en busca de un empleo, antes que sufrir la humillación de volver a su pueblo, vencido y vacío de bolsillo y de cabeza, con el rabo entre piernas.

Al final de muchos días de ayunos y de peregrinaciones a caza del pan diario, dio con un puesto de mensajero en un almacén de tejidos y novedades en la Escolta, muy fatigoso y mal remunerado. Era lo mejor que se le presentaba, y él que había soñado en ser un señorito pinturero, que no habría de llevar en la calle más impedimentos que sus libros o algún bastón charolado y retorcido, tuvo que aceptar agradecido un empleo en el que todos los días había de atravesar las calles más céntricas, cargando paquetes y envoltorios sin cuento.

¡Cómo se reirían de él sus paisanos, si alguna vez le vieran cruzar la Escolta con su carga auestas, igual que un carabao de aquéllos que montaba de chiquillo, para ir al campo!

Día de Domingo. Un compañero de oficina arrastró a Ramiro de paseo, para librarse del calor sofocante de la ciudad, hasta Marilao. Allí se bañaron, y antes de que pudieran salir de su estupor, dos, cuatro, seis brazos femeninos hacíanle señas vehementísimas, trazando amables curvas de bienvenida en el aire, y llamándoles a voz en cuello, disputábanse el placer de agasajar a los dos mozos de Manila, en sus respectivas panicerías.

—*Ma-má dine!*

—*MA-MA, dito!*

—*MA-MA, DOON!*

El que no está acostumbrado a estas cosas se queda medio tonto, viendo y oyendo a tantas caras bonitas gesticulando y vociferando a un tiempo, para capturar al viajero que caiga entre sus manos. No falta más sino que se lo arrebaten entre todas, a fuerza de estirones, abrazos y empujones.

Por último, nuestros dos amigos, después de unos ratos de indecisión y verdadera perplejidad se decidieron por entrar en el local llamado *Fely's Place*. Paredes blancas, lo mismo que los escaparates y los manteles. Sobre las mesas, erúgíanse floreros en que estallaban dos o tres rosas reventonas.

Todo era blanco, limpio y aseado, un marco digno para la belleza y frescura de la mujer que presidía y era dueña del local. Esta se presentó ante ellos, muy peripuesta, empolvada y perfumada. Vestía camisa de sinamay verde, bajo la que se trasparentaban sus brazos mórbidos y sus turgencias locas, que parecían querer saltar a cada paso de su albo calabozo de encajes y bordados.

Fely era chata, de ojos chiquitines, labios gruesos y dos o tres dientes metálicos; pero todos estos defectos desaparecían ante su sonrisa devastadora, que empleaba ella como la mejor arma para conquistar parquianos y el condimento más sabroso de cualquier plato preparado por ella...

En las redes de esta sonrisa, o mejor, en los dos hoyuelos deliciosos que formaba en ambas mejillas, cayó preso el incauto corazón de Tasio, a quien presentó su compañero, guasón y petimetre:

—Ahí tiene usted, Fely, al hijo del dueño del establecimiento en que trabajo...

Así fué cómo se conocieron. El tuvo para ella los más finos cumplidos, los requiebros más apasionados. Ella para él los manjares más apetitosos y las sonrisas más cautivadoras.

Tasio, para no desengañarla y por halagar su propia vanidad, no tuvo el valor de deshacer la patraña generosa del amigo; y en sucesivos encuentros, para aturdira con su pretendida opulencia, fué a obsequiarla, ya con un pañolón de seda, o ya con un bolso de mano del más fino cuero; ora con un par de medias chiffon, ora con lazos, cintas, telas y demás chucherías, sin más valor que el que adquirirían a los ojos de la mujer amada.

De dónde y cómo adquiriría estos objetos costosos, con su exiguo salario, al principio quedaba explicado por el montón de vales que iba librando sin tregua ni reposo contra su menguado salario; mas luego, cuando éste ya no daba de sí ni para un alfiler, ya fué cosa de su exclusivo conocimiento y riesgo.

Sólo que cada vez que hacía algún obsequio a su novia pansitera coincidía con la desaparición de algún objeto en el almacén donde trabajaba. Estas desapariciones, que al principio ocurrían muy espaciadamente, luego sucedieron con tan furiosa frecuencia que el jefe del establecimiento, justamente alarmado, se puso en guardia.

Luego... ¿para qué seguir contando, si tenía que suceder, tarde o temprano? Ramiro se casó con Fely, una noche de luna sin encomendarse a Dios ni al Diablo. La tenducha humilde, que fué la cuna de su idioteo, se convirtió en la noche de bodas, en un ascua de luz, florecida de sampaguitas, de ilang-ilangs, de camias y champakas, que colgaban rameadas de los vanos de puertas y ventanas.

Asistió la rondalla más jaranera del pueblo. Bailaron las mozas más garridas. Burbujeó el vino y la alegría en abundancia. Fué una noche señalada con piedra blanca en los anales de Marilao, la última que *Fely's Place* se abría al apetito y al palique de desocupados y caminantes, porque al día siguiente se cerraba para siempre. ¡No, el hijo del dueño de una casa de modas en la Escolta no podía permitir que su esposa siquiera al frente de una vulgar pancitería!

Antes de mediada la noche y estando la fiesta en plena ebullición, escapáronse los novios, en una máquina devoradora de distancias—un auto *colorum* sin PU, que el mozo hizo pasar por suyo —a Sibul, donde proponíanse pasar su luna de miel.

V

Por desgracia, ésta no pasó ¡ay! de una noche, porque al día siguiente, muy de mañana, se presentaron dos detectives de Mani'a con una orden de arresto para Ramiro. Estaba basada en pruebas que tenían de que éste había sido el autor de



varias sus-
tracciones
de efectos
del almacén
por valor de
P800, y del
desbajamiento
del cajero auxiliar
de la casa ocurrido
cuatro días atrás.

Este iba al banco a depositar P10,000 en papel moneda, y al pasar por debajo del Puente Jones, huyendo de un fuerte chaparrón, fué artera y súbitamente agredido en la espalda por un desconocido, que debió haberle seguido los pasos desde la oficina, y tenido noticia del dinero que llevaba.

Un registro minucioso de la casa de su esposa de una noche, y la investigación del género de vida que había estado llevando últimamente el mensajero, dieron con la clave del misterio de las pérdidas continuas de mercancías en la tienda y del robo de diez mil pesos, y pusieron en manos de los funcionarios de la ley las pruebas necesarias para obtener su convicción.

—Pero no han dado nunca con el dinero, ni darán jamás con él, porque lo he previsto todo desde el día en que di el famoso golpe—terminó Tasio su relato.

Y bajando la voz, añadió en tono confidencial, a los oídos de sus compañeros, que estrecharon el cerco en derredor suyo, para oír mejor aquel secreto, por el que más de un secreto daría cualquier cosa por compartir con ellos.

—De los diez mil, me gasté mil en los preparativos y festejos de la boda. El resto lo entregué el día de la boda a mi mujer, quien siguiendo

mi consejo lo cosió inmediatamente dentro de su almohada de soltera, salvándolo así de las pesquisas de mis perseguidores. Para nuestra futura felicidad...

Los oyentes de Tasio felicitaronle por tan ingeniosa idea y mentalmente se hicieron la cuenta de que efectivamente salía ganando él, siguiendo su modo de pensar. Cuatro años con algunos meses y días, que era la extensión de su condena, pasan sin sentir para el que espera y cree, y con la no remota posibilidad del indulto y las reducciones por buena conducta aun podrían convertirse en tres años, o quizá menos.

En tres años fuera, con el exiguo haber de sesenta al mes, jamás conseguiría reunir los diez mil que había atesorado en un día ¡quién!



unos segundos, de rápida maniobra. En cambio, tras de tres años de resignación y un pequeño sacrificio todavía hallaría al salir de la prisión la senda de la felicidad y de la fortuna, en los brazos de su adorada mujercita, la esposa de una noche...

VI

Tres años después, Tasio salía de la cárcel, con el período de su condena reducido, gracias a su buena conducta. Pero a las puertas de la prisión no le esperaban los brazos de la felicidad ni de la fortuna, no, como él soñara, sino la cruda realidad amasada con lágrimas de decepción y el espectro de la miseria.

La vida le había hostigado sin clemencia. Su pasado había sido una triste pesadilla de la que acababa de despertar. Su presente y su futuro reducíanse a una sola palabra: venganza.

Desde la prisión ya había tenido noticias, por nuevos "huéspedes" de la traición de su esposa, quien lejos de guardarle fidelidad y el dinero que había robado para ella, en cuanto descubrió su verdadera condición, fugóse con otro hombre y con la suma, que le había costado a él ¡pobre e infeliz! el precio de su libertad le puso casa al "otro" y hasta le paseó en coche, segura de su impunidad, por lo menos mientras el marido engañado siguiera pudriéndose en la cárcel.

Mas todas las pesquisas de Tasio, para dar con el paradero de la infiel, una vez extinguida su condena, fueron inútiles. Probablemente había alzado el vuelo a otra parte con su amante, temerosos de la venganza del ex-convicto.

Interín Tasio tenía que vivir, y aprovechando una huelga declarada en un garage de la loca-

lidad ingresó de *washing* primero y al cabo de algún tiempo ascendió a chofer.

Una noche negra y tormentosa, que se hizo madrugada más tenebrosa aún, pidieron un coche desde el cabaret de La Loma y allá fué Tasio en carrera vertiginosa con los rayos y la lluvia, que cuadrículaban el espacio produciendo horribles fragor.

Llegado que hubo el coche al pie de la escalinata del cabaret, metióse presurosa en él una pareja mas no tan de prisa que el chofer no pudiera columbrar las facciones de la mujer, al poner ésta el pie en el estribo.

Tasio, a duras penas pudo reprimir un grito de sorpresa, al reconocer en aquella bailarina que



Boda Valera-Fernández, celebrada en la Iglesia de los Padres Capuchinos, el Sábado 30 de agosto. Los novios Srta. María Paz Valera Azcuni y Sr. José Fernández Mortera, con sus padrinos, Du. Emiliana Vda. de Calvo y D. Miguel Fernández.

La Srta. Magdalena Barbaza Imperial y el Sr. Carlos Manalo momentos después de la ceremonia de su enlace solemnizado en la Iglesia parroquial de Tondo y en la que fueron apadrinados por la Sra. de D. Quintín Paredes y el Juez Abreu.

se le entregaba como su pasajera, a Fely, su esposa de una noche, por quien había sufrido tres años de presidio, por quien había robado y habría matado también, si fuese preciso.

¡Matar! sí... Mataría ¿por qué no? Esta era la ocasión que se le presentaba para resarcirse de todos sus agravios. En un relámpago cruzaron por su imaginación el mundo de ultrajes y desengaños que la vida había acumulado sobre su cabeza: engañado, robado—robado sí, de lo que había robado pagando por ello el precio de su libertad—desertado y ahora envilecido... ¡Su esposa una vulgar bailarina, que vendía sus abrazos, con música y todo, pero abrazos al fin, a tanto por hora y quién sabía si también sus caricias!

Al acceso de cólera, con que de momento quiso estrangular a la mujer causante de todo su infortunio, la que mientras él sufría privaciones sin cuento entre cuatro paredes bailaba entre un enjambre de pisaverdes, que se disputarían su talle maravilloso, sucedió la reflexión fría y reconcentrada—la calma que precede a las grandes tempestades—con que planeó su venganza.

Su coche rodaba ya por la avenida Rizal, azotado por el viento y el chubasco, con una velocidad que si bien justificaba lo avanzado de la hora, no así lo espeso de la lluvia y lo resbaladizo del suelo.

Más de una vez sus pasajeros trataron de frenar, visiblemente alarmados, su temeridad homicida:

—Pero ¿a dónde nos querrá llevar este diablo con tanta velocidad?—chilló la mujer presa de espanto, viendo la futilidad de sus intentos y los postes desfilar uno tras otro por su lado, como una exhalación.

—¡Al infierno!—masculló frenético el chofer volviendo la cabeza y mirando cara a cara a su mujer para darse a conocer.

En aquel mismo momento sonó un espantoso ruido—saltar de cristales hechos añicos, chocar del hierro contra el hierro, el furioso asestazo de la muerte contra la vida... ¡Después, nada!

VII

Cuando Tasio volvió en sí en el hospital general, donde le habían llevado después del "accidente"—nadie sospechó la verdad—una mujer con un brazo vendado y dos o tres parches en la cara se hallaba a su lado. Era Fely.

A su vista quiso incorporarse, pero no pudo. Un dolor agudo en la pierna derecha le clavó en la cama.

—Sosíégate. Tasio. Soy yo, que vengo a pedirte perdón—murmuró con voz compungida la infiel.—Estaban aquí hace un rato el fiscal y dos policías para tomarte declaraciones. Yo, que te reconocí en aque! instante fatal, les aseguré que

todo se debió a un accidente imprevisto. Que una carretela sin luces cruzó la calle en el momento mismo en que atravesábamos una esquina, y para no echarle sobre ella viraste la manivela. Luego, la fuerte lluvia, el suelo resbaladizo y el poste inmediato hicieron todo lo demás..... ¿como el muerto era mi marido—añadió...

—¿Cómo? ¿El que iba contigo, murió? Y ¿era tu marido...? No comprendo, Dios. ¡Si estaré delirando!

—No, no es delirio. Es la pura verdad. Oye-me: tú no eres, jamás fuiste mi esposo. Antes de casarme contigo, me había unido a ese hombre. Era muy niña aún. Un día me escapé con él de la escuela y un pastor, que vivía en los altos de una barbería, nos declaró marido y mujer en un abrir y cerrar de ojos, sin más testigos que su propia esposa y su cuñado. Después de un mes de casada secretamente, desapareció él sin decirme nada. Más tarde me enteré de que se había embarcado para América. Y nada más. Pasaron años, sin una carta, sin una noticia del ausente, hasta que tú surgiste de repente en mi vida. brindándome amores y todo cuanto podía apetecer... Tú sabes el resto de la historia. Temí perderte confesándote la verdad y cuando siendo ya mío te sacaron de mi lado, creí volverme loca. Créeme. Hasta que volvió el otro más pobre que una rata, y sospechándome rica, con tu dinero, reclamó sus derechos de prioridad...

—¡Basta, basta! Y después de explotarme a mí, te explotó a ti, obligándote a bailar, ¿no?

—Pero muerto él, soy tuya exclusivamente, podríamos rehacer nuestras vidas, si quisieras. Yo trabajaré por ti, mendigaré por ti...—quiso ella cogerle una mano para besarla, mas él la rechazó como a una víbora.

—Apártate de mí. ¡Dios aun es piadoso! Luego, si tú nunca fuiste mi mujer, jamás pudiste engañarme. Mucho menos, ahora. Entiéndeme bien. Siendo mía, quise matarte: mas siendo tú completamente extraña para mí, como me acabas de revelar, nada quiero de ti, viva ni muerta. Los hijos del campo seremos capaces de robar, o de ser robados, por una mujer; pero vivir de ella, como me propones hoy, jamás. Jamás ¿oyes?—y debilitado por el esfuerzo y el dolor, volvió a caer inconsciente.

VIII

Pasaron días y meses y años. El tiempo misericordioso, que cura las heridas del cuerpo, y calma las penas del alma, devolvió a Tasio, el hijo del abrigo, a los suyos, al fiel compañero de su infancia, el carabao paciente, y a la sementera que le vio nacer. Era como si bajo aquel ambiente de paz arcadiana, aquel triste deshecho que la vida ciudadana volvía a arrojar sobre sus pasos, asistiera a su propio renacer...